

La conferencia de Blasco Ibáñez en la Universidad de Columbia  
(De *La Prensa*, de Nueva York)  
(*El Mundo* [Puerto Rico], 8-12-1919)

Blasco Ibáñez habló de la obra inigualable del descubrimiento de América. Aquí, en la Universidad de Columbia, en esta nación inmensa, que como todas las del continente de promisión tuvo su origen en la audacia que alentó los pechos castellanos, ante los representantes de la cultura norteamericana, habló de la obra de hace cinco siglos. Era a la manera de un heraldo que viniera del pasado, con el alma henchida de ensueños, como aquellos hombres levantinos que bajo las barras de Aragón acompañaron en sus conquistas a Roger de Flor y don Jaime, a hablarnos de la leyenda dorada del pasado y a la vez a anunciarnos la buena nueva del porvenir de la raza hispánica que renace en América.

Habló de la llamada «leyenda negra» que, en torno de la nación descubridora y colonizadora, tejieron los pueblos que fueron heridos por la regia grandeza de España. Expuso las causas verdaderas de la decadencia española, y con frases agudas, bordeadas de un fino humorismo, tocó los temas de Inquisición, fanatismo religioso, etc., que han sido los manoseados elementos que sirvieron para crear la leyenda que emborronaba las puras páginas de la historia de España que se había escrito sobre nobles pergaminos con letras rojas con la sangre de los héroes. Pero ya hoy la leyenda se va desvaneciendo y de nuevo surgen límpidas páginas de la historia.

—Hoy se levantan veinte naciones —dice el novelista valenciano— a continuar esa historia, con todas las mismas cualidades, y ¿por qué no?, con todos los mismos defectos de los descubridores y los colonizadores.

Pero ahora, él espera que hasta esos defectos han de convertirse en cualidades en el futuro de los veinte pueblos hijos de España. Y con él, todos lo creemos, todos lo esperamos. Nos habló también, y pues él, llevado de ese espíritu de aventuras que formó a los hombres de su estirpe, ha recorrido la América española, nos habló de lo que había observado en esos pueblos y por qué él esperaba aquel porvenir de que nos hablaba con tanto entusiasmo.

—Yo —dijo— he llegado a una población en que se vestían los hombres con dril y sombreros de panamá, y las mujeres tenían ojos de andaluzas y el presidente tenía un apellido de personaje de Lope o Calderón; y las costumbres eran de España.

Y añadió:

—Somos la única nación inmortal, porque aun suponiendo que el mar creciera miles de metros y España quedara sepultada, siempre revivirá en los veinte pueblos que tienen su lengua, sus costumbres.

Que hay dos idiomas que están llamados a triunfar: el español y el inglés.

Nos pintó los místicos con un gracejo sin igual, diciendo:

—Los místicos de otros países se elevan dejando su envoltura en la tierra y, esperan que Dios tire de ellos... Los místicos de España, no, estos son revolucionarios, son gente de espada: miran al cielo, sí, pero es para hacer que Dios les acompañe, y les sirva de ayuda. Y todavía siguen dando juego muchos de ellos: Santa Teresa y San Ignacio de Loyola.

Por esto, los que embarcaban en aquellas naves lo hacían porque eran místicos o quijotes, y así vencían y triunfaban.

Y terminó con una bonita imagen de la América nueva.

Nos pintó a Ponce de León enamorado de la juventud, que se embarcó para buscar la Fuente Milagrosa que hacía que se cayera la envoltura vieja y se fuera otra vez joven. Y todos perecieron. Sin embargo, esa fuente existe; no era un sueño; aunque nadie la ha visto, esa fuente está aquí, y en tierra de los Estados Unidos, en la Florida: y cuando la vieja Europa quiere entronizarse, los habitantes de esta nación toman agua en sus dos manos y llegan a Europa; la vierten sobre ella y vuelven jóvenes a los que ya eran viejos, dándoles ideas de libertad y democracia.

El orador fue muy aplaudido y felicitado. Su conferencia, pronunciada en lengua española, fue traducida luego en idioma inglés, causando gran efecto en los que no saben castellano.